

# la Revista

DOMINGO  
20 DE JULIO DE 2003

*para leer en verano*



RELATO / 2 Y 3



**Almudena Grandes**  
*Mañanas de cristal*

“El criterio principal a la hora de distinguir una buena mañana de resaca de una mala consiste en la transparencia”

DE CUENTO / PÁGS. CENTRALES



**Isidoro Calzada**  
*Rodrigo de Cepeda y Las rojas linternas de Huecuvu*

Las aventuras del hermano de Santa Teresa en el Nuevo Mundo

RELATO / 6 Y 7



**José Luis Borau**  
*Tiburón*

“Tiburón, así, sin acento, viene a ser un barrio más de San Francisco, aun cuando caiga al otro lado de la bahía”

## RELATOS DE VERANO

Almudena Grandes nos describe minuciosamente los dos tipos de resaca que ella conoce: las buenas y las malas. Lo que las diferencia es la transparencia. En una mañana de buena resaca, aunque no todas son iguales, se puede hacer casi cualquier cosa, lo que no sucede con las malas, en las que se siente un clavo entre las sienes. Hemos dicho **casi** cualquier cosa. ¿Qué no se debe hacer con resaca sea buena o mala?



FERNANDO VICENTE

# Mañanas de cristal

por Almudena Grandes

Las buenas mañanas de resaca tienen esquinas blandas, redondeadas, y una consistencia gelatinosa pero amable, que en ningún momento se desplaza hacia la viscosidad. El criterio principal a la hora de distinguir una buena mañana de resaca de una mala reside en la transparencia. Desde luego, hay que te-

ner en cuenta otros factores, la calidad del alcohol, y la de las palabras, la frecuencia de las bromas y las risas, y el grado exacto de finura del propio ingenio, ese lápiz que se afila contra la punta del ingenio ajeno y que alarga las noches más felices hasta el presentimiento del amanecer más luminoso. Pero ninguno de estos fenómenos, ni si-

quiera la alegría de beber con Ángel González, que se lleva cada otoño lo mejor de Madrid a Albuquerque, Nuevo México, para devolvérselo más propio, más intenso, más nocturno que nunca cuando regresa cada primavera, logra explicar la condición cristalina, tibia, traviesa, de esas mañanas que se abren con una sonrisa automática, como

“ El criterio principal a la hora de distinguir una buena mañana de resaca de una mala reside en la transparencia. Desde luego, hay que tener en cuenta otros factores. ”

“Creo que esa fue la única vez en mi vida que he echado de menos el humillante paternalismo de las grandes superficies...”

un acto reflejo de unos músculos incapaces de esbozar otro gesto.

En una buena mañana de resaca se puede hacer cualquier cosa menos escribir, porque ese verbo abandona entonces su campo semántico habitual para definir un peculiar estado de incompreensión entre el teclado de un ordenador y la imaginación desperdigada de quien no logra ni sujetarla ni acertar a apretar ninguna tecla. Los minutos pasan en balde mientras las tuberías de colores se multiplican en todas las direcciones sobre la oscura pantalla de la inactividad, hasta disolver el menor rastro de mala conciencia con la monótona agresión de su exuberancia subterránea y tropical. Entonces conviene renunciar, apagar el sistema, levantarse de la silla y concentrarse al menos en encontrar algo que hacer mientras la mañana alcanza una hora razonable para aplicar la primera dosis homeopática, el vermut o la cerveza que obrarán el insensato milagro de derrotar los efectos de la noche pasada combatiéndolos con sus mismas

pareció. Parapetada tras las gafas de sol, reconfortada por la compañía del carrito, y disfrutando del alegre embotamiento que mantenía mi cabeza sumergida en esa especie de nube líquida que desenfoca la mirada para hacer más guapos a los transeúntes, más señoriales a los edificios, y más favorecido al mundo en general, inicié el recorrido de costumbre sin sentir el desconcierto que me paralizaría delante de la carnicería. Creo que esa fue la única vez en mi vida que he echado de menos el humillante paternalismo de las grandes superficies, esos inmensos expositores repletos de alimentos preparados, plastificados y etiquetados con una sugerencia tajante, contundente, surtido para cocido, por ejemplo, o ragú de primera, o pollo para ajillo, y no se le ocurra usarlo para otra cosa. Nunca me había dado cuenta de que toda la carne fuera tan aproximadamente igual, de que todas las piezas se parecieran tanto. ¿Qué va a querer?, me preguntó el carnicero, y yo me repetí la pregunta para mis adentros, ¿qué voy a

“Entonces conviene renunciar a apagar el sistema, levantarse de la silla y concentrarse al menos en encontrar algo que hacer.”

armas. No es una tarea fácil porque, a diferencia de las malas -un clavo enorme atravesado entre las sienas, la fragilidad verdadera de un cuerpo verdaderamente enfermo y una opacidad absoluta de la acción y el pensamiento-, no todas las buenas resacas son iguales. A veces apetece moverse, bailar, acabar de cansarse. Otras llevan derechas a una ducha eterna, a una novela policíaca, a las llamadas de teléfono recreativas o, sin más excusas, sencillamente a la cama, a esa cama que, en días como éstos, nos espera siempre con los brazos abiertos y la incondicional ternura de una abuela jubilada, mimosa. Yo, sin embargo, la última vez, me fui a hacer la compra.

Era una buena idea o, por lo menos, eso me

querer?, para contestarme enseguida que no lo sabía. Salí del paso pidiendo unas cosas que a mí me sonaban rarísimas y con las que no tenía ni idea de lo que iba a hacer al volver a casa, pero él me despachó sin inmutarse, como si fuera capaz de encontrar una lógica irreprochable en mis peticiones. El fenómeno se repitió en la frutería, en la pescadería, en la charcutería, con resultados memorables. Al final realicé la hazaña de comprar toda clase de alimentos relacionados por la condición de ser estrictamente incompatibles entre sí, pero ni siquiera eso me arruinó la mañana. Aprendí sin embargo que no se debe ir al mercado con resaca, ni buena ni mala, porque la compra acaba saliendo tan cara como los regalos de Reyes.

“Al final realicé la hazaña de comprar toda clase de alimentos relacionados por la condición de ser estrictamente incompatibles entre sí.”

## ALMUDENA GRANDES



La novelista, madrileña de 43 años, estudió Geografía e Historia en la Universidad Complutense de Madrid.

### BIOGRAFÍA

Almudena Grandes (Madrid, 1960) publicó su primera obra, *Las edades de Lulú*, tras obtener, en 1989, el premio La Sonrisa Vertical. Esta novela se convirtió en un acontecimiento editorial y en la presentación de una escritora que no sólo ha confirmado las expectativas que generó con su primera novela, sino que se ha consagrado en el primer plano de la narrativa española. *Te llamaré Viernes* y *Malena es un nombre de tango* fueron las obras que siguieron a la *opera prima* y subrayaron las virtudes literarias de una autora que apuesta decidida y apasionadamente por las novelas de aliento largo y personajes inolvidables que se desenvuelven, no siempre felices, por un mundo que nos es tan cercano como entrañable. Almudena Grandes también ha escrito relatos breves de gran belleza como los que componen *Modelos de mujer*, libro editado en 1996 en el que se pueden encontrar cuentos como *Mañanas de cristal*.

**En 1998 publicó *Atlas de geografía humana* (Andanzas 350 y *Fábula 165*) y, en febrero de 2002, *Los aires difíciles* (Andanzas 466). En *Los aires difíciles* Almudena Grandes, según los críticos, renuncia a lo que se había convertido en sus señas de identidad: la narración en primera persona, la protagonista femenina y la ubicación del relato en Madrid. Su propuesta es una renovación de la novela decimonónica.**

### DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

**Ángel González:** Poeta y profesor de literatura que pertenece al grupo conocido como *generación de los 50 o del medio siglo*. Nació en Oviedo en 1925 y su infancia estuvo marcada por la sombra de la Guerra Civil y por la muerte prematura de su padre cuando él apenas tenía dos años. En un pueblo de montaña, donde convalecía de una profunda afección pulmonar, es donde siente la llamada de la poesía y escribe sus primeros versos. La experiencia de la guerra aparece en su primer libro, *Áspero mundo* (1956), y con él obtuvo un accésit del Premio Adonais. Entre sus obras destacan: *Grado elemental* (1962), *Palabra sobre palabra* (1965), *Tratado de urbanismo* (1967), *Breves acotaciones para una biografía* (1971), *Procedimientos narrativos* (1972), ... Su obra completa se ha publicado en varias ocasiones, y siempre con el título de *Palabra sobre palabra*. En 1985 obtuvo el Premio Príncipe de Asturias y en 1996 el Reina Sofía de Poesía.

**Consistencia:** Trabazón, coherencia entre las partículas de una masa o los elementos de un conjunto.

**Homeopático:** Perteneciente o relativo a la homeopatía: sistema curativo que aplica a las enfermedades, en dosis mínimas, las mismas sustancias que, en mayores cantidades, producirían al hombre sano síntomas iguales o parecidos a los que se trata de combatir.

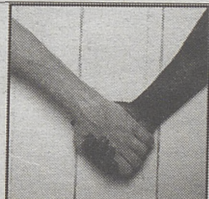
**Opacidad:** Cualidad de opaco: que impide el paso de la luz, a diferencia de diáfano.

**Ragú:** Guiso de carne con patatas y verduras.

**Parapetarse:** Precaverse de un riesgo por algún medio de defensa.

Compartir es más que ganar

**Y lo hemos aprendido de tí durante más de 125 años**  
Por eso en Caja de Ávila sabemos que compartir y reinvertir nuestros beneficios en la sociedad nos hace ganar a todos. A nuestros mayores, a nuestros jóvenes, a toda nuestra cultura e historia, ... a nuestra vida.  
Compartimos un futuro contigo.



**CajadeÁvila**

Nuestro interés, las personas.

## RELATOS DE VERANO

Cuando derribaron el cine Mari apareció un niño de unos nueve años vestido de una forma extraña. Tenía ojos ausentes y no hablaba. La noticia se publicó en todos los periódicos, y en la redacción de uno de ellos se presentó una señora llorosa, que iba acompañada por una hija cuarentona y que aseguró sin ninguna duda que el niño era su hijo y que había desaparecido hacía treinta años. ¿Cuál es la explicación?

# El niño lobo del cine Mari

por José María Merino

La doctora estaba en lo cierto: ningún proceso anormal se desarrollaba dentro del pequeño cerebro, ninguna perturbación patológica. Sin embargo, si hubiese podido leer el mensaje contenido en los impulsos que habían originado aquellas líneas sinuosas, se hubiera sorprendido al encontrar un universo tan exuberante: el niño era un pequeño corneta que tocaba a la carga en el desierto, mientras ondeaba el estandarte del regimiento y los jinetes de Toro Sentado preparaban también sus corceles y sus armas, hasta que el páramo polvoriento se convertía en una selva de nutrida vegetación alrededor de una laguna de aguas oscuras, en la que el niño estaba a punto de ser atacado por un cocodrilo, y en ese momento resonaba entre el follaje la larga escala de la voz de Tarzán, que acudía para salvarle saltando de liana en liana, seguido de la fiel Chita. O la selva se transmutaba sin transición en una playa extensa; entre la arena de la orilla reposaba una botella de largo cuello que había sido arrojada por las olas; el niño encontraba la botella, la destapaba, y de su interior salía una pequeña columnilla de humo que al punto iba creciendo y creciendo hasta llegar a los cielos y convertirse en un terrible gigante verdoso, de larga coleta en su cabeza afeitada y uñas en las manos y en los pies, curvas como zarpas. Pero antes de que la amenaza del gigante se concretase de un modo más claro, la playa era un navío, un buque sobre las olas del Pacífico, y el niño acompañaba a aquel otro muchacho, hijo del posadero, en la singladura que les llevaba hasta la isla donde se oculta el tesoro del viejo y feroz pirata.

Una vez más, la doctora observó perpleja las formas de aquellas ondas. Como de costumbre, no presentaban variaciones especiales. Las frecuencias seguían sin proclamar algún cuadro particularmente extraño.

Las ondas no ofrecían ninguna alteración insólita, pero el niño permanecía insensible al mundo que le rodeaba, como una estatua viva y embobada.

“ Tendría unos nueve años e iba vestido con un traje marrón sin solapas, pantalón corto, y una camisa de piqué. ”



FERNANDO VICENTE

El niño apareció cuando derribaron el Cine Mari. Tendría unos nueve años e iba vestido con un traje marrón sin solapas, de pantalón corto, y una camisa de piqué. Calzaba zapatos marrones y calcetines blancos.

La máquina echó abajo la última pared del sótano, en la que se marcaban las huellas grotescas que habían dejado los urinarios, los lavabos y los espejos, y por donde asomaban, como extraños hocicos o bocas, los bordes seccionados de las tuberías y, tras la polvareda, apareció el niño, de pie en medio de aquel montón de cascotes y escombros, mirando fijamente a la máquina, que el conductor detuvo bruscamente, mientras le increpaba, gritando: -¿Qué haces

ahí, chaval? ¡Quítate ahora mismo!

El niño no respondía. Estaba pasmado, ausente. Hubo que apartarlo. Mientras las máquinas proseguían su tarea destructora, lo sacaron al callejón, frente a las carteleras ya vacías cuyos cristales sucios proclamaban una larga clausura, y le preguntaban.

Pero el niño no contestó: no les dijo cómo se llamaba, ni dónde vivía. No les dio atisbo alguno de su identidad. Al cabo, se lo llevaron a la comisaría. Aquel raro atildamiento de maniquí antiguo y el perenne mutismo desconcertaban a los guardias. Al día siguiente, las dos emisoras daban la curiosa noticia y en el periódico, por la mañana, salió una fotografía del niño, con su rictus serio y aquellos ojos fijos y ausentes.

La doctora puso en marcha el aparato y comenzó a oírse otra vez el cuento. En el niño hubo un breve respingo y sus ojos bizquearon levemente, como agudizando una supuesta atención cuyo origen tampoco podía ser comprobado. Tanto los sonidos reproducidos a través de algún instrumento como las imágenes proyectadas de modo artificial, le hacían reaccionar

del mismo modo, y producían unas ondas como de emoción o súbito interés. La doctora suspiró y le palmeó las pequeñas manos, dobladas sobre el regazo.

-Pero di algo.

El niño, una vez más, permanecía silencioso y absorto.

Al parecer, su nombre era Pedro. Al poco tiempo de haberse publicado la foto en el periódico, una señora llorosa se presentaba en la redacción con la increíble, nueva de que el niño era hijo suyo, un hijo desaparecido hacía treinta años. La señora era viuda de un fiscal notorio por su dureza. Le acompañaba una hija cuarentona. Extendió sobre la mesa del director una serie de fotos de primera comunión en que era evidente el parecido. Acabaron por entregarle el niño a la señora, al menos mientras el caso se aclaraba definitivamente.

El hecho de que un niño desaparecido treinta años antes -en un suceso misterioso que había conmovido a la ciudad y en el que se había aludido a causas de venganzas oscuras- apareciese de aquel modo, como si sólo hubiesen transcurrido unas horas, era tan extraño, tan fuera del normal acontecer, que a partir del momento en que se le atribuyó aquella identidad ni la prensa ni la radio volvieron a hacerse eco de la noticia, como si el voluntario silencio pudiese limitar de algún modo lo monstruoso del caso.

El asunto era objeto de toda clase de hipótesis, comentarios y conclusiones en mercados y peluquerías, oficinas y tertulias y, por supuesto, en cada uno de los hogares. Hasta tal punto el tema parecía extraño, que los amigos de la fami-

muy estudiadas, la madre se había acostumbrado ya a la presencia inerte de aquel gran muñeco de carne y hueso y posponía la decisión de separarse de él.

De vuelta a la ciudad, el niño seguía subiendo a la Residencia, donde la doctora lo miraba todas las semanas. La doctora era bastante joven y se estaba tomando el caso con mucho interés. Además de las connotaciones médicas y científicas del asunto, le fascinaba la impasibilidad de aquel pequeño ser mudo, cuyos ojos parecían mostrar, junto a un gran olvido, un desolado desconcierto.

La evidente influencia que producía en el cerebro del niño cualquier imagen o sonido proyectado a través de medios artificiales, le había sugerido la idea de llevarlo al cine. La doctora era poco aficionada al cine, sobre todo por una falta de costumbre que provenía de su origen rural, de un internado severo de monjas y de una carrera realizada con bastantes esfuerzos y poco tiempo de ocio. Sus descansos vespertinos solía emplearlos en la lectura de temas vinculados a su profesión, y sólo de modo ocasional -y más como ejercitando un obligado rito colectivo, donde lo menos significativo era el espectáculo en sí- asistía a la proyección de alguna película que la publicidad o los compañeros proclamaban como verdaderamente importante.

La idea le surgió al ver las largas colas llenas de niños que rodeaban al cine Emperador. Al parecer, se trataba de una de esas películas de enorme éxito en todas partes, que se pregonan como muy apropiadas al público infantil, con batallas espaciales y mundos imaginarios.

“ Lo observó durante los primeros minutos de proyección. El niño se había acurrucado en la butaca y miraba la pantalla con una avidez inteligente. ”

lia dudaban si lo más adecuado sería darle a la madre la enhorabuena o el pésame.

Al reaparecido le llamaron «el niño lobo» desde que ingresó en la Residencia, aunque la doctora señalaba lo impropio de la denominación, ya que el niño no manifestaba ningún comportamiento por el que pudiese ser asimilado a aquel tipo de fenómenos, sino sólo una especie de catatonía, de rara estupefacción. Sin embargo, las extrañas circunstancias de su aparición, aquella presencia alucinada, sugerían realmente que el niño hubiese sido recuperado fortuitamente de algún remoto entorno, virgen de presencia humana.

Puso música y el niño tuvo otro pequeño sobresalto. El niño la miraba como si quisiera decirle algo, pero ella sabía que era inútil animarle. Aquel supuesto propósito era sólo una figuración suya. El desconocido pensamiento del niño estaba muy lejos. Era una verdadera pena.

-Hoy te voy a llevar al cine -dijo la doctora.

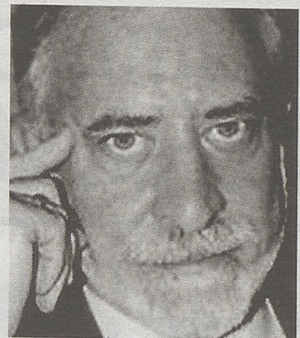
Primero, lo reconocieron en la Residencia. Luego, la familia le había trasladado a Madrid, buscando esa mayor ciencia que siempre en provincias se atribuye a la capital. Pero no hubo mejores resultados. Cuando volvió, el niño mantenía la misma presencia atónita y, aunque las hermanas hablaban de llevarlo a California, donde al parecer las cosas del cerebro estaban

La doctora se proponía observar cuidadosamente al niño a lo largo de toda la sesión, escuchando el pulso, la respiración y otras manifestaciones físicas del posible impacto que la visión de la película pudiese tener en aquel ánimo misteriosamente ajeno.

Le observó durante los primeros minutos de proyección. El niño se había acurrucado en la butaca y miraba la pantalla con una avidez de apariencia inteligente. Mientras tanto, la historia comenzaba a desarrollarse. Una espectacular nave aérea perseguía a otra navicilla por un espacio infinito, fulgurante de estrellas, muy bien simulado. La nave perseguidora hace funcionar su artillería. La pequeña nave es alcanzada por los disparos de raro zumbido, y atrapada al fin por medio de poderosos mecanismos. El vencedor llega para conocer su presa. Es una estampa atroz: una figura alta, oscura, con un gran casco negro parecido al del ejército, cuyo rostro está cubierto por una máscara metálica, también negra, que recuerda en sus rasgos una mezcla imprecisa de animales y objetos: ratas, mandriles, cerdos, caretas antigás.

Entonces, el niño extendió su mano y sujetó con fuerza la de la doctora. Ella sintió la sorpresa de aquel gesto con un impacto más que físico. Exclamó el nombre del niño. Le miró de cerca, al reflejo de las grandes imágenes multicolores. En los ojos infantiles persistía aquella

## JOSÉ MARÍA MERINO



José María Merino nació en La Coruña en 1941.

### BIOGRAFÍA

A pesar de haber nacido en Galicia, ha residido durante muchos años en León. Actualmente vive en Madrid. Comenzó escribiendo poesía y se dio a conocer como narrador en 1976 con *Novela de Andrés Choz*, libro con el que obtuvo el Premio Novelas y Cuentos. Lo escurridizo de la identidad, sus conexiones con el mito, el sueño y la literatura, y muchos elementos de la tradición fantástica caracterizan su obra narrativa. Su novela *La orilla oscura* fue galardonada en 1985 con el Premio de la Crítica. Además ha recibido el Premio Nacional de Literatura Juvenil (1993) y el Premio Miguel Delibes de Narrativa (1996). En Alfaguara ha publicado, entre otros, un volumen que recoge relatos como *El niño lobo del cine Mari* que se llama *50 cuentos y una fábula* (1997).

**Es uno de los más notables escritores de relatos. Nadie mejor que él para seleccionar los autores y narraciones que componen *Cien años de cuentos (1898-1998)*, una antología del cuento español editada por Alfaguara.**

mirada inteligente, absorta en la peripecia óptica, y la doctora sintió una alegría esperanzada.

La princesa ha sido capturada, aunque ha conseguido lanzar un mensaje que sus perseguidores no advirtieron. Mientras tanto, sus robots llegan a un desierto reverberante, cuya larga soledad sólo presiden los restos de gigantes esqueletos. El cielo está inundado de un extraño color, en un crepúsculo de varios soles simultáneos.

Sin darse cuenta, la atención de la doctora se distrajo en aquella insólita aventura y no percibió que el niño había soltado su mano. El niño había soltado su mano y atravesaba la oscuridad multicolor de la sala, ascendía por la rampa de la nave, conseguía introducirse en ella como disimulado polizón.

La nave recorría rápidamente el espacio oscuro, lleno de estrellas, que la rodeaba como un cobijo. Los héroes vigilaban el fondo del cielo para prevenir la aparición del enemigo.

Al fin, la doctora se dio cuenta de que el niño había soltado su mano y volvió la cabeza a la butaca inmediata. Pero el niño ya no estaba y, del mismo modo que había sucedido en aquella lejana desaparición primera, la búsqueda fue completamente infructuosa.

### DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

**Carga:** Embestida o ataque resuelto al enemigo o, en situaciones que afectan al orden público, la efectuada por los cuerpos de policía contra aquellos que lo alteran.

**Piqué:** Tela de algodón con diversos tipos de labor, que se emplea en prendas de vestir y otras cosas.

**Rictus:** Aspecto fijo o transitorio del rostro al que se atribuye la manifestación de un determinado estado de ánimo.

**Catatonía:** Síndrome esquizofrénico, con rigidez muscular y estupor mental, algunas veces acompañado de una gran excitación.

**Alucinada:** Trastornada, ida, sin razón.

**Escutar:** Indagar, examinar cuidadosamente, explorar.

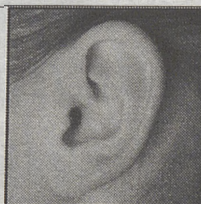
**Polizón:** Persona que se embarca clandestinamente.

**Increpar:** Reprender con dureza y severidad.

Escuchar es más que oír

**Y lo hemos aprendido de tí durante más de 125 años**

Por eso en Caja de Ávila sabemos que escuchar es estar atento a todos y a todo. Sólo así podemos aportar soluciones reales a las necesidades de las personas, las tuyas. Cambiar de coche, reparar la calefacción,...o mudarse a una casa con dos habitaciones más. Te escuchamos para aprender.



**CajadeÁvila**

Nuestro interés, las personas.

RELATOS DE  
VERANO

Hay muchas cosas de los Estados Unidos que asombran a nuestro adolescente protagonista. Sus padres lo han enviado durante el otoño a Tiburon, así, sin acento -un barrio de San Francisco, al otro lado de la bahía- a perfeccionar su inglés. Lleva una existencia monótona: todos los días cruza en el ferry con su primo, en cuya casa vive, temprano por la mañana y vuelven al anochecer. Este viernes todo será muy diferente.

## Tiburon



FERNANDO VICENTE

por José Luis Borau

Tiburon, así, sin acento, viene a ser un barrio más de San Francisco, aun cuando caiga al otro lado de la bahía y cuente con ayuntamiento propio. La mayor parte de sus vecinos trabaja en la ciudad, y muchos de ellos prefieren embarcarse dos veces al día antes que sacar el coche del consabido garaje de madera blanca, y conducirlo bordeando la costa hasta

acceder por el Golden Gate al escenario de los tormentos, léase trabajo. Se evitan atascos, tanto a la ida como a la vuelta, y gastos de parking si la empresa de turno no corre con éstos. Además, resulta agradable tomar el segundo café de la mañana en el ferry mientras se hojea el periódico, y no digamos ya una copa al caer la tarde cuando, vencida la jornada, llega el momento ansiado -o temido- de

sacar pecho en familia.

Otros motivos, como pudieran ser el empararse de océano o disfrutar del grandioso conflicto entre el sol y la niebla entablado allí a perpetuidad, apenas cuentan. Ni siquiera los tipos solitarios, acodados en la barandilla de cubierta durante los veintitantos minutos de travesía, suelen acusar la belleza circundante. Sólo algún sujeto en estado de gracia, y fuera de estadística por tanto, parece mantener los ojos abiertos.

Aquel otoño mis padres me habían facturado hasta California con la peregrina intención de que aprendiera el idioma en un par de meses, viviendo con un primo hermano casado allí. Cada mañana embarcábamos juntos para volver por la tarde juntos también, tras invertir yo mi jornada en un curso de inglés intensivo. Sólo

“ Aquel otoño mis padres me habían facturado hasta California con la peregrina intención de que aprendiera el idioma ”

“ Sólo gozaba de cierta libertad a mediodía, cuando salía de clase para zamparme el sandwich de pollo o liverwurst que nos preparaba Loraine ”

gozaba de cierta libertad a mediodía, cuando salía de clase para zamparme el sándwich de pollo o liverwurst que nos preparaba Loraine, la mujer de mi primo, y podía deambular a, capricho por los alrededores de la academia.

Viniendo yo de donde venía, todo me llamaba la atención: los edificios, las tiendas, los hippies, las mujeres rubias y decididas, que andaban a paso largo... Y en particular, sentía curiosidad por cierto hombre que, vestido de monja con hábitos de gasa blanca y cara empolvada, permanecía totalmente inmóvil en una esquina cercana, crucifijo en alto, sin que le temblara el brazo ni llegase a parpadear jamás. A veces le espiaba con la esperanza de sorprenderlo estornudando o subiéndose al podio -una silla apoyada sobre una maleta de plástico atigrado-, o bajándose del mismo aunque sólo fuera para ir al retrete; pero nunca llegué a conseguirlo. Mi corto asueto coincidía con el momento de mayor tráfico en Market Street, y el don Tancredo aquel no parecía dispuesto a perder clientes por una simple cuestión fisiológica.

Pasadas las seis de la tarde del viernes, los viajeros del ferry acostumbraban celebrar por anti-

pió a bailar. Lo hacía con pasos indefinidos, insinuando posturas o gesticulando, pero sin prestarnos la menor atención, como si de verdad no existiéramos y, por supuesto, sin permitirnos identificar la música que le impulsaba. ¿Jazz, rock o Vivaldi, resucitado a la sazón?

Aquel hombre constituía un espectáculo añadido, y permanecimos observándole hasta que sentí la mano izquierda de Loraine apoyarse suavemente sobre la mía derecha, apoyada a su vez en la barandilla. No osé apartar la vista del piculín pero tampoco la mano de la madera, y así nos mantuvimos, ambos de perfil, mientras el hombre ejecutaba ante nosotros toda clase de jeribeques.

Con diecisiete años mal cumplidos, me dio por temblar, poseído de una especie de fiebre galopante contraria, en principio, al frescor marino. Y al volverme por fin hacia ella, pues ni yo era de corcho ni permitía fingirlo aquel castañeteo, topé con su rostro muy cercano y, a renglón seguido, con un beso largo, larguísimo, que a ella parecía salirle del alma aunque a mí, en un primer momento, no acabara de saberme bien. Fue luego, despegadas ya las bocas, cuan-

“ No osé apartar la vista del piculín pero tampoco la mano de la madera, así nos mantuvimos, ambos de perfil, mientras el hombre efectuaba sus jeribeques. ”

cipado el weekend con particular entusiasmo, y dejaban la cubierta más vacía que nunca. Una de esas tardes, Loraine se nos había unido tras su tanda de compras semanales en la ciudad, y mientras el marido reía y bebía abajo, en el bar, con colegas o amiguetes, ella y yo decidimos quedarnos arriba apurando el glorioso crepúsculo, a la manera de las focas que se apretujaban en las balizas para sorber el último rayo de sol.

Un hombre alto y más delgado de la cuenta vino a unirse a nuestra contemplación. Seguimos mudos los tres un buen rato hasta que el tipo, abandonándose de improviso a la música que le llegaba a través de cascos aparecidos en sus orejas por arte de birlibirloque, rom-

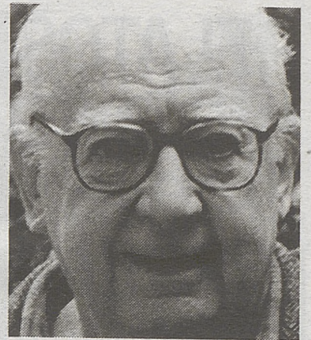
do la caricia cobró súbita razón de ser, y me sentí empujado a unir ansiosamente de nuevo los labios y la lengua con los de aquella prima política, surgida probablemente del infierno.

Al cabo de cierto tiempo -¿quién podría precisar cuánto?, el hombre flaco dejó de bailar e, ignorándonos siempre, fue a guardar los cascos en el maletín donde escondía la radio. Un infundible maletín de plástico atigrado.

Desaparecida mi monja, tanto la cubierta como la bahía volvieron a quedar a nuestra entera disposición. Yo me ahogaba entre beso y beso; el miedo y el deseo se superponían; los temblores habían ido al carajo. El sol cayó en el mar tras el inmenso vano del puente, y los pájaros, en

“ Desaparecida mi monja, tanto la cubierta como la bahía volvieron a quedar a nuestra entera disposición. Yo me ahogaba entre beso y beso ”

## JOSÉ LUIS BORAU



José Luis Borau (Zaragoza, 1929) se graduó en la Escuela Oficial de Cinematografía.

### BIOGRAFÍA

Borau ha sido profesor de Iván Zulueta, Manuel Gutiérrez Aragón y Pilar Miró. En su filmografía destacan *Hay que matar a B* (1973), *Furtivos* (1975, título representativo de la Transición, ganador de numerosos premios), *La Sabina* (1979), *Río abajo* (1984) y *Leo* (2000, Goya al Mejor Director del Año), además de *Mi querida señorita* (J. Armiñán, 1972), igualmente producidas y coescritas por él, o la serie *Celia* (1993). Fue presidente de la Academia del Cine Español (1994-98), y es miembro de número de las Reales de Bellas Artes de San Luis (Zaragoza) y San Fernando (Madrid).

**Su labor docente -dentro y fuera de España- así como sus películas le valieron el Premio Nacional de Cinematografía en el 2002. Ha recopilado relatos como éste en la antología *Camisa de once varas* (2003, Alfaguara) que acaba de publicar. Borau también es autor de diversos trabajos historiográficos.**

especial los pelicanos, patinaron sobre el agua antes de recogerse definitivamente.

El embarcadero quedaba próximo ya. Con absoluta naturalidad, Loraine me tomó entonces de la mano y tiró de mí hacia la escalerilla de los gin-tonics y el bourbon. Tras descenderla y despedirse de mi boca en el último recodo, empujó la puerta de ojo de buey para avanzar, sonriente y resuelta, hacia el grupo de hombres donde su marido, mi primo, seguía bebiendo, tan borracho ya como el resto. Justo en ese punto, alguien soltó una risotada no sé a cuento de qué, y escuché la cantinela del día:

- Thank God, it's Friday!

### DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

**Bahía:** Entrada del mar en la costa, de extensión considerable, que puede servir de abrigo a las embarcaciones.

**Ferry:** Transbordador, embarcación que enlaza dos puntos regularmente.

**Entablar:** Dar comienzo a una conversación, batalla, amistad,...

**Liverwurst:** Embutido de hígado.

**Deambular:** Andar, caminar sin dirección determinada.

**Atigrado:** Manchado como la piel del tigre.

**Asueto:** Vacación por un día o una tarde, y especialmente la que se da a los estudiantes.

**Balizas:** Señal fija o móvil que se pone de marca para indicar lugares peligrosos o para orientación del navegante.

**Por arte de birlibirloque:** Por arte de magia o de encantamiento, de modo inexplicable.

**Piculín:** Hombre astuto y sagaz que suele suscitar recelos.

**Jeribeque:** Guiño, gesto, contorsión.

**Castañeteo:** Acción de castañetear: dicho de los dientes, sonarle a alguien, dando los de una mandíbula contra los de la otra.

**Vano:** En el texto, parte del muro o fábrica en el que no hay sustentáculo o apoyo para el techo o bóveda; por ejemplo, los huecos de las ventanas o puertas y los intercolumnios.

**Bourbon:** Variedad de whisky que se obtiene de una mezcla de maíz, malta y centeno, originaria del sur de Estados Unidos.

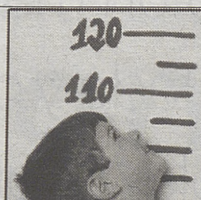
**Recodo:** Ángulo o revuelta que forman las calles, caminos, ríos, etcétera, torciendo notablemente la dirección que traían.

Madurar es más que crecer

**Y lo hemos aprendido de tí durante más de 125 años**

Por eso en Caja de Ávila sabemos que madurar es trabajar por y para las personas, con cercanía, transparencia y garantías. Ofreciendo la experiencia de toda una vida para que lo que crezca sea tu futuro y el de los tuyos.

Gracias a tí maduramos cada día.



**Caja de Ávila**

Nuestro interés, las personas.

## RELATOS DE VERANO

Un niño de casi seis años embarca en el paquebote Hamburgo con sus padres para navegar desde Corrientes hasta Buenos Aires por el río Paraná. Este viaje no es una novedad puesto que el pequeño lo hace todos los años, pero esta vez tras una breve estancia en la capital los tres van a proseguir el camino para que el protagonista conozca al gigante de sus sueños, un gigante que abraza al mundo entero.



FERNANDO VICENTE

por Mempo Giardinelli

**M**e pasé toda la noche mirando por la borda, con la ansiedad esperanzada de quien no está seguro de qué es lo que espera pero sabe que será grandioso.

Me había escapado del camarote sigilosamente, abriendo apenas la puerta una vez que mis papás se durmieron. El Hamburgo se desplazaba río abajo, raudo y veloz, como una isla luminosa llena de rumores a la luz de la luna. El cielo, como casi todas las noches sobre el Paraná, era un manto brillante, de un azul-negro tan intenso como desperejo, con manchones blancos y millores de estrellas.

-¡Aquí sí que son millones y se ven todas! - solía exclamar mamá, que lo único que amaba del Chaco eran sus noches y sentarse a contemplarlas en el jardín.

El barco se deslizaba seguro, con absoluta confianza en la fuerza de las enormes paletas que giraban en la popa como un molino acostado y con un ritmo tan perfecto como adormecedor. Yo me había arrinconado contra los chapones de la borda, protegido por una especie de ancho ventanuco que daba a las aguas del río y que me servía a la vez de refugio y de atalaya. No

sentía temor alguno, sino una excitación creciente que, sin embargo, se fue disipando a medida que me ganaba el sueño. Debo haber estado ahí como dos horas, antes de quedarme dormido y sin que el gigante apareciese.

Yo estaba por cumplir seis años y aunque no sabía lo que era un gigante, sabía que era algo muy grande y lo esperaba con ansias porque mi papá me lo había prometido:

-Vas a reconocerlo enséguida. Uno lo mira y no sabe dónde termina. Abraza al mundo entero con sus brazos de agua y no hay poder en la Tierra que tenga la fuerza que tiene este gigante. Su lomo está siempre en movimiento y cuando se enoja puede destruirlo todo. Pero si está manso y uno lo mira con la admiración que merece, es el espectáculo más hermoso del mundo.

Esa mañana, al partir de Barranqueras en el transbordador que nos cruzó hasta Corrientes, por cuyo puerto pasaba dos veces por semana el vapor que unía Buenos Aires con Asunción, yo había reconocido las aguas familiares del Paraná y había tratado de imaginar cómo sería un gigante de agua. Ese río de apariencia mansa, tan ancho que la otra orilla siempre se veía apenas como una línea verde en el horizonte, era el paisaje habitual de mi infancia. Desde que estaba en la cuna, ese río magnífico era protagonista de una reiterada escena familiar: casi todos los

domingos mi papá decidía ir a pescar las corvinas que adoraba freír y mi mamá comenzaba a protestar desde la mañana. No había nada de extraordinario ni de nuevo en ese lomo líquido del color del barro y yo no alcanzaba a imaginarme cómo sería el lomo furioso del gigante prometido.

Estuve toda la mañana pensando en el mar y cuando al mediodía abordamos el coquete paquebote -como se llamaba entonces a esa masa blanca y resplandeciente de acero flotante que era el Hamburgo- me mandaron a jugar en una especie de corralito con otros niños. La pasamos muy bien y a la siesta, después de que mamá me bañó en la tina enlozada del camarote, me quedé dormido.

Aquel año íbamos a ir a Mar del Plata y yo estaba loco de ansiedad. Me habían prometido ver el mar por primera vez. Conocer al gigante.

Mi papá era miembro de la flota fluvial y por eso la familia tenía pase libre en los vapores de la carrera, como se les llamaba. Por lo menos una vez al año bajábamos a Buenos Aires. Así se decía: «bajábamos», porque los buques se desplazaban río abajo, a favor de la corriente y a veces a velocidades que parecían vertiginosas. En cambio el regreso siempre era más lento. De Buenos Aires a Asunción, río arriba, el viaje demoraba casi cinco días, pero río abajo se hacía en sólo tres. Para mis padres ese viaje anual era una fiesta porque siempre se encontraban con amigos, mi mamá podía ir a la cubierta de primera clase a tomar el té y mi viejo, que no podía con su talento, aun en vacaciones se iba a la cabina de mando a charlar con sus colegas. A mí ese mundo me fascinaba pero al poco rato me harían tantas recomendaciones del cuidado que debía tener y de lo que no podía tocar, que de hecho era casi todo. Me condenaban a estar con

“ Mamá se puso un magnífico vestido blanco de escote recatado y con una delicada hilera de rosas de color turquesa bordadas ”



las manos en los bolsillos y a sonreír cuando el capitán o los comisarios de a bordo me tocaban los cachetes y subrayaban, inexorablemente, lo parecido que era a papá.

Mi mamá esperaba este viaje como se espera un milagro anual, porque toda su vida odió vivir en el Chaco y sólo aceptó radicarse en esa tierra feroz por el loco amor que sentía por papá. Así lo declaraba, furiosa, cada vez que pensaba en huir del calor, los mosquitos, el polvo que traía el viento Norte o el lodo que dejaban las lluvias interminables.

Aquella primera tarde a bordo, mis padres se vistieron con una elegancia inhabitual. Mamá se puso un magnífico vestido blanco de escote recatado y con una delicada hilera de rosas de color turquesa bordadas en el entredós. Papá se calzó el traje de lino crudo que mi vieja decía que era lo único que le quedaba realmente bien porque le disimulaba la barriga, y los zapatos bicolors de Grimoldi que usaba para las grandes ocasiones. Lo que arruinó al conjunto familiar aquella tarde fue que, tras una breve discusión en la que fui derrotado, a mí me pusieron nomás el odiado traje de marinerito blanco y azul.

En el comedor de la primera clase hubo un montón de presentaciones muy formales, que sin embargo parecían encantar a mis padres, y, después de una cena mortalmente aburrida, nos regresamos al camarote. Allí íbamos a dormir como angelitos -declaró papá con orgullo- acunados por el silencioso vibrar que venía de la sala de máquinas. Y en efecto el chas-chás, chaschás, monótono y perfecto de la paleta de popa, anestesió a mamá en pocos minutos. Papá

me fascinaba ese relato.

Cuando mi viejo se dio cuenta de que yo no estaba en el camarote y salió a buscarme y me encontró dormido contra la borda, con una mezcla de pánico y alivio me llevó de regreso y me depositó en mi litera. Yo le dije que había salido para ver si aparecía el Gigante y él me dijo que no lo iba a ver, que todavía faltaba mucho, como tres o cuatro días. Yo no sabía cuánto eran esos días, que era lo que me sucedía siempre, como en las vísperas de mis cumpleaños o de Navidad. Me decían «faltan tres días», o «dentro de cuatro días» y con eso lo único que conseguían era llenarme de ansiedad porque esos malditos días no pasaban jamás.

Lo que duró tres días fue el viaje hasta Buenos Aires. Allí nos esperaba un montón de tías y tíos bullangueros y exagerados, que nos acompañaron al hotel España, en la avenida de Mayo, donde siempre se alojaban mis padres. A mí me daba mucha vergüenza porque parecía que llegaba un circo, una multitud ruidosa y fiestera. Y encima mis cachetes quedaban a la miseria de tantos toqueteos. Toda mi vida odié ser cachetón y nunca entendí por qué a la gente grande, y sobre todo a las tías, le gusta tanto pellizcar los cachetes de los niños. Yo los detestaba apenas veía venir sus manos horribles, que parecían pezuñas anilladas, garfios con pulseras de oro y plata y metales pesadísimos. Todo lo que yo quería era ver el mar; era el único que me importaba en el mundo. No veía la hora de que saliésemos de una vez hacia Constitución, la enorme y maciza central ferroviaria que mi papá había señalado desde el tranvía. Ahí tomaríamos

“ A mí me daba mucha vergüenza porque parecía que llegaba un circo, una multitud ruidosa y fiestera. Y encima mis cachetes sufrían varios toqueteos ”

me estuvo contando una historia del mar y me acunó hasta que le dio sueño. Me dio un beso largo, muy largo, y se fue a su litera. Siempre me gustaron mucho los besos de mi papá, quizá porque fueron muy pocos. Y después me hice el dormido cuando me preguntó si dormía y me quedé escuchando el murmullo alegre de los chamamés y las polkas que se oían en la tercera clase, donde la gente parecía divertirse como en otro mundo, uno que estaba en el lecho mismo del río.

Entonces salí a la cubierta y me refugié contra los chapones de la borda, junto al ventanuco ovalado y en medio de dos enormes toletes en los que los marineros habían enredado unas sogas gruesas como sus brazos. Yo quería ver el mar, saber cómo era ese gigante. Una vez me habían mostrado fotos y además hacía poco habíamos ido al cine Marconi a ver una de piratas, con Errol Flynn, y papá, en voz muy baja, me había explicado que eso que había detrás, toda esa agua interminable que se perdía en el horizonte, eso era el mar. Yo le pregunté qué era el horizonte y no recuerdo qué me explicó pero volvió a contarme que con sus amigos, cuando empezó como marinero en el puerto de Buenos Aires, al mar lo llamaban gigante porque era fantástico darse cuenta de que el río, de pronto, se convertía en mar y todo cambiaba y era enorme, interminable. Yo no lo entendía pero igual

el tren a Mar del Plata, que nos llevaría directo a conocer al gigante. Así que decidí portarme bien y aguantar los toqueteos de mis tíos. Me sentaba a jugar con algún cochecito, o con unas maderitas que ya no me divertían, y procuraba pasar lo más desapercibido posible con tal de que los malditos «dos o tres días» pasaran de una vez y nada modificara lo planeado. Sentía pánico de que todo se arruinara.

Y fue Tío Justino el que me arruinó la fiesta. Con los años yo odiaría el nombre rulfiano de ese primo de mamá que, justo la noche antes de nuestro viaje a Mar del Plata, llamó al hotel avisando que Tía Dominga estaba muy mal, que tenía no sé qué y que fuéramos al sanatorio.

Ya se imaginarán el resto: Tía Dominga era la hermana mayor de papá y había sido, aseguraban a coro, una verdadera madre para todos. Yo supe de inmediato que la tragedia se avecinaba cuando vi la mirada de papá posada sobre mí, con el dolor que sentía por la segura muerte de su hermana pero también porque debía enfrentarse a la muerte de mi ilusión.

-No vamos a ir a Mar del Plata -me dijo con la voz grave, como si cada palabra le pesase una tonelada-. No vas a conocer al gigante todavía. No esta vez. Perdóname...

Yo vi lágrimas en sus ojos y todo lo que hice fue abrazarlo porque sabía cuánto amaba a Tía Dominga, y yo también la quería, y no había

## MEMPO GIARDINELLI



Mempo Giardinelli, escritor y periodista, nació en Resistencia, Chaco (Argentina) en 1947.

### BIOGRAFÍA

Giardinelli regresó a su ciudad natal para radicarse en 1990, después de años de peregrinaje que incluyeron 8 años de exilio en México. Ha publicado *La revolución en bicicleta* (novela, 1980; Seix Barral, 1996), *El cielo con las manos* (novela, 1981; Seix Barral 1996), *Vidas ejemplares* (cuentos, 1982), *Luna caliente* (Premio Nacional de Novela en México 1983; Seix Barral, 1995), *El género negro* (ensayo, 1984), *Qué solos se quedan los muertos* (novela, 1985), *Antología personal* (cuentos, 1992), *El castigo de Dios* (cuentos, 1994), *Santo oficio de la memoria* (novela, VIII Premio Internacional Rómulo Gallegos 1993; Seix Barral, 1997) e *Imposible equilibrio* (Planeta, novela, 1995).

**Fundó y dirigió la revista *Puro Cuento* entre 1986 y 1992. Ha publicado artículos, ensayos y cuentos en diarios y revistas de todo el mundo. Sus obras han sido traducidas a una docena de lenguas. Relatos como *Otro cuento con mar* se encuentran en *Cuentos del mar* (Punto de lectura).**

más culpables que los jodidos «tres o cuatro días» de siempre, que al fin habían pasado pero llevándose con ellos mi primer viaje al mar.

Lo demás no sé si interesa. Tía Dominga falleció dos semanas después y enseguida nos volvimos al Chaco. Los que han nacido o viven a la orilla del mar ignoran por completo la ansiedad que produce, lo que es imaginarlo y no verlo. Yo, que nací a bastante más de mil kilómetros del mar y pasé toda mi niñez anhelando ese encuentro, lo conocí a los veinte años. Pero ésa es otra historia.

Paso de la Patria, abril de 2001

### DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

**Chaco:** Provincia argentina situada al N.E. del país y bordeada por los ríos Paraguay y Paraná.

**Chapón:** Aumentativo de chapa, placa que llevan los vehículos y las embarcaciones, generalmente en la parte delantera y trasera donde se indica el número con el que están registrados legalmente.

**Entredós:** Tira bordada o de encaje que se cose entre dos telas.

**Chamamé:** Baile popular de parejas típico del noreste argentino, especialmente en la provincia de Corrientes. También, composición musical correspondiente a este baile.

**Polca:** Danza de origen polaco de movimiento rápido y en compás de dos por cuatro.

**Tolete:** Estaca redonda encajada en el borde de la embarcación, a la cual se atan las sogas.

**Cachetón:** Carrilludo.

**Rulfiano:** Relativo al escritor mexicano Juan Rulfo (1918-1986). Sólo dos libros componen su obra: *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955). El autor del relato alude a Justino, un personaje de uno de los quince cuentos que componen el mencionado *El llano en llamas*, y cuyo título es "Diles que no me maten", una sombría historia de crimen y venganza.

**Popa:** Parte posterior de una embarcación.

**Atalaya:** Eminencia o altura desde donde se descubre mucho espacio de tierra o mar.

**Corvina:** Pez de unos cinco decímetros de largo, color pardo con manchas negras en el lomo y plateado por el vientre.

**Radicarse:** Echar raíces, arraigar.

Campaña

# Lee en verano



Ayuntamiento de Ávila  
Concejalía de Cultura

**RELATOS DE VERANO**

Wilson Pacocha no llevaba ni una semana en Lima y ya tenía trabajo como mozo en El Directorio, modesto restaurante próximo al Ministerio de Economía. Un día, su jefe, lleno de alborozo, le dice que han recibido un pedido de dicho Ministerio y que debe ir a entregarlo. En torno a este hecho aparentemente banal, el autor hace una feroz crítica, no exenta de mordacidad e ironía, de la vida política del Perú.

# Un milagro informal

por Fernando Iwasaki

**W**ilson Pacocha estaba radiante, feliz, a pesar de las burlas de don Pascual y de la embarrada que se estaba pegando en sus zapatos domingueros. En realidad no era para menos. No llevaba ni una semana en Lima y ya tenía trabajo. Cuando salió de Chinchá nadie daba ni medio por él, pero seguro de sí mismo y armado con el escapulario de la beatita de Humay que siempre llevaba encima del bividí, Wilson Pacocha abordó el Expreso Chinchano plétorico de entusiasmo y hasta cantando aquello de las locas ilusiones me sacaron de mi tierra... Y ahí estaba pues, como flamante mozo de El Directorio, céntrico huarique situado a una cuadra del Ministerio de Economía.

-¡Serrano tenias que ser, carajo! ¿Cómo se te ocurre venir con saco y corbata a trabajar? Ni que fueras «gerente de mesas», huevonazo -repetía una y otra vez don Pascual-. Ustedes los recién bajados se creen que hay misa todos los días, caracho.

La verdad es que Pascual Chinchayán había bajado a Lima mucho antes y él sí que de bien arriba: del propio Cañón del Pato. Durante sus más de treinta años de residencia en la capital podía presumir de haber hecho de todo: guachimán del cementerio, soldador de tubos de escape y cocinero de chifa; pero lo que más pecho le hacía sacar era el honroso mérito de haber dirigido las primeras invasiones de tierras en Villa el Salvador. Con los años llegaron el título de propiedad, el microbús, los ahorros y ahora El Directorio, modesto boliche destinado a seducir el estómago de todos los burócratas del centro a la hora del refrigerio.

¿Qué chucha lo que dijera don Pascual si lo importante era la chamba? Wilson seguía lavando los platos y empapándose los chuzos con una sonrisaza de oreja a oreja, acaso riéndose del patrón, de su familia o de sí mismo. La única que se pasaba de vueltas era la beatita de Humay. Recontra milagrosa la beatita y cuánto camote le tenía, pues mucho antes le había hecho como tres favorsotes: «Tercero, cuarto y quinto de media», pensaba. Y volvía a cagarse de risa.

De pronto un abrazo aluviónico lo arrancó de su arrebató místico y se encontró en pleno huayno con don Pascual que casi lloraba de contento.

Distraído entre las ollas y el detergente, no había reparado en la señorita que acababa de salir del restaurante ni en la conversación que transformó a su sarcástico jefe en marrullero cariñoso, en amigo, en hincha.

-¡Me has traído suerte, cholito! Ahorita me han hecho un pedido del Ministerio para una reunión de cumpleaños o algo así. Carajo, ya saben que existimos y ahora sí que nos vamos p'arriba, compadre. Ponte tú saco, Wilsoncito, que me voy volando a comprar las cosas. No vaya a ser que nuestra comida los mate y no nos vuelvan a llamar. Menos mal que has venido pintón, carajo. ¡Ya vengo, ya vengo!

Mientras se anudaba la corbata en el espejo del mostrador, Wilson Pacocha pensaba que la beati-

ta era una bandida. Ya la cosa no era con él solamente, sino que incluso don Pascual se iba a beneficiar de sus prodigios. Esa chingana no era nada del otro jueves y hasta aquel día los únicos clientes eran algunos tramitadores y los empleados de las funerarias del jirón Junín, pero gracias a la beatita habían caído ya los del Ministerio y seguro que dentro de poco los del Banco Central de Reserva y los de la Biblioteca Nacional. Cuando empezó a peinar se imaginó que don Pascual haría ampliación de local, contrataría más gente y acaso pondría una rocola con boleteros. «Putamadre, a lo mejor sí me nombra gerente de mesas», razonaba.

A los quince minutos regresó sudoroso el antiguo invasor, microbusero y hoy exitoso empresario del Cañón del Pato, con una caja de empaquetadas que rápidamente pasó a empaquetar con el conocido logotipo de «El Directorio: restorán, desayunos, bautizos, matrimonios, jugos surtidos y chifa al paso». Una vez listo el envoltorio procedió a escobillar el saco del futuro ejecutivo de enseres y a darle las últimas recomendaciones: -¿Llevas las tarjetas? No te olvides de repartirlas entre los empleados. Toma esta plata para que te lustren los zapatos antes de entrar al Ministerio



FERNANDO VICENTE

“ No se preocupe. Yo me encargo de lo del aumento y usted reparta estas tarjetas entre los del sindicato ”

y, ya sabes, cualquier cosa tú di que eres de El Directorio. ¡Vamos, vamos!, ¡suerte, mijol!, ¡arriba los provincianos, carajo!

Wilson Pacocha no podía creer todo lo que le ocurría: una semana en Lima y ya estaba con su terno oficial, limpiándose las tabas en un kiosko al frente del mismísimo Ministerio de Economía y Finanzas. ¡Qué orgullosa estaría su madre! Y seguro que si la sobrada de la Patricia lo estuviera viendo ya no volvería a tirarle perro nunca más. Cuando alcanzó a ver reflejados sus cinco lunares del cachete izquierdo en el empeine, Wilson pagó al lustrabotas y avanzó resueltamente hacia la entrada principal, con una mano en las empanadas y la otra en ese lugar sagrado, entre el bividí y la camisa, ahí donde la beatita tenía un altar secreto al lado de su corazón.

-¡Qué pasa, serrucho! ¿De dónde eres, compadre?, ¿qué vas a hacer aquí? ¿Te has creído que estás en tu casa, aaah? -le increparon los inciviles guardias de la puerta.

El devoto de Humay, el hijo predilecto de Chinchita, corbata roja y relucientes zapatos, respondió con aplomo y naturalidad:

-Soy del Directorio. Vengo a una reunión.

-Perdone mi... ¡señor! Al piso 12, por favor.

Wilson Pacocha, invulnerable con su escapulario, llega hasta la planta deseada y tiene que sorrear un nuevo escollo.

-¡Oiga, usted!, ¿por qué no tiene la tarjeta de visitante?

-¿Este no es el piso 12? Soy del Directorio. - Pase por aquí entonces, doctor. Le van a tomar sus datos para hacerle el fotocheck.

Seguro que don Pascual se iba a meter una tranca. El Directorio estaba quedando como la gran puta en el Ministerio y lo estaban atendiendo como al carajo. Foto y toda la huevada. - ¡Apellidos y nombre!

-Pacocha, Pacocha Rosales, Wilson. - ¡Libreta electoral! -07773743

-¿Unidad?

-El Directorio.

Vaya donde la señorita Rosalía, a la derecha, por el pasillo del fondo hasta la oficina 39.

La beatita estaba como cañón. Con su carnet enmascarado prendido al bolsillo del saco fue saludado y maldecido, halagado e insultado. Un señor muy amable («Carlos Zavala, mucho gusto, quince años en contribuciones y tengo una hija que quiere ser secretaria, doctorcito») se ofreció a cargarle las empanadas por unos minutos. Más adelante se comprometió personalmente a ver qué pasaba con la jubilación de una señora que «claro, como no soy del partido, todavía nada». Se negó, eso sí, a conseguirle trabajo al hijo de otro señor supersimpático también «porque, oiga usted, hace una semana yo estaba igual y ya ve». Le dio tiempo además para citarse con un par de costillitas, recontra buenamozas ellas, y hasta se topó (¡qué suerte!) con el secretario general de la Federación de Trabajadores del Ministerio.

-No se preocupe. Yo me encargo de lo del aumento y usted reparta estas tarjetas entre la gente del sindicato.

Cuando llegó al despacho de la señorita Rosalía aún estaba con la mente tan aturdida por las atenciones inesperadas que no comprendió por qué lo atiborraba de libros y papeles mientras le decía «apúrese, doctor, que el ministro acaba de llegar».

La gravedad de los rostros que lo escrutaron al entrar le inhibieron de sacar las empanadas de buenas a primeras, así que tomó asiento en la silla que le indicaron y colocó sus cuadernos en la mesa como todo el mundo. «¡Qué tal mesota, carajo! -pensaba-. Cuando regrese le diré a don Pascual que hay que comprar una igualita para los bufés».

Sospechó que el gordito cuatroojos que tanto hablaba sería el famoso ministro, un hombre muy serio que había empeñado sus huevos al presidente a la hora de aceptar el cargo, según lo que estaba diciendo. Para hacer la finta se puso a anotar cualquier cosa en los papeles de la señorita Rosalía, aunque a veces se enteraba de algún dato interesante: en la noche llamaría a su viejo para decirle que sacara toda la plata del Banco de Crédito antes de que se fuera a la mierda. Pendejo el ministro, se cagaba de risa cuando lo contaba.

El señor de su costado llevaba cuatro páginas llenecitas de bolitas y garabatos, mientras que el de adelante se había sacado los zapatos y sus pies rechonchos amenazaban la integridad de las empanadas, seguramente frías por el tiempo transcurrido. Por lo menos él sí que había escrito esa vaina de los precios, para decirle a don Pascual que no hacía falta que se farrara de arroz, azúcar, leche, aceite y tallarines. ¿No había dicho el ministro que no se preocuparan, que todos los del Directorio recibirían tres cajitas de cada cosa?

A Wilson le dio pena la crisis que sufría un bruto que estaba interno (¿o en terno?) en el Ministerio, pero se asustó como mierda por esa huevada de la «inflación», una vaina rara que iba a joder a todos los pueblos jóvenes, como dijo otro de los viejitos («Chucha, yo vivo en Huáscar», pensó). De pronto, mientras un señor gritaba que el que no comprara dólares a la salida era un huevonazo, Wilson Pacocha escuchó esas mágicas palabras que aguardaba hacía más de tres horas: «Tengo hambre, compañeros. Y no sé qué chucha vamos a comer a esta hora, carajo», gruñó el ministro golpeando la mesa.

Con una rapidez alucinante, mismo Expreso Chinchano, el atento devoto sacó el paquete volando y le dijo al auditorio: «Aquí hay unas empanaditas, señores. ¡Que viva el dueño del santol!». El ministro se puso eufórico y pedía aplausos para Wilson «¡y unas chelas, hermano!», mientras lo abrazaba y frotaba, salpicándole las migajas a la vez que le decía: «Hasta limoncito has traído, conchatumadre. Ahora sí que el Directorio sacará al Perú de la crisis». Puta que la beatita era grande, milagrosa, la cagada.

A partir de ese momento la reunión se volvió más relajada. El ministro era bien criollo y no sólo sabía de plata, sino también de fútbol y mujeres. «¡A comer, carajo! -gritaba-. Que esta huevada sólo dura cinco años». Y otra vez aconsejaba aquello de primero con la pinga, luego con la lengua y el remate con el dedo. Qué chévere el ministro, cuántas cosas sabía.

-¿Y tú de dónde eres, compadrito? Te voy a subir el sueldo por las empanadas.

-De Chinchita, señor. Su casa cuando quiera.

-¡Ah, carajo! Bien buenas son las negras de tu tierra, ¿no? Arrechitas y putonas. Sí, sí, a mí no me lo tienes que contar.

-También de la beatita de Humay, señor.

-Ay, chucha. A ésa no me la he tirado todavía. ¿Y desde cuándo estás tú en el Directorio, choli-to?

-Hace un mes nomás, señor.

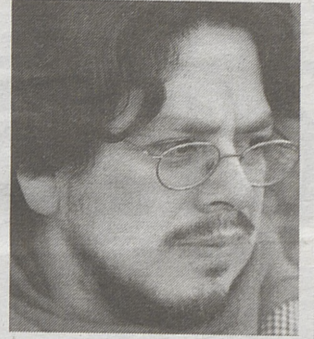
-¡Ajá!, de Chinchita al Directorio. Qué buenos chanchullos que habrás hecho, huevón, porque si no, no estarías aquí. ¿Y en qué sección estás tú?

-No, no, señor. Si usted quiere yo le puedo poner la mesa o si quiere yo arraso con la mugre. Usted dirá. Aquí estoy por encargo nomás.

Aaaah..., ya entiendo, maricón. A ti te mandan del partido entonces. ¡Tú eres lo que estaba buscando, carajo! Ya ven, huevones -les decía a los otros viejitos-, este muchacho los va a tener chequeados. A la primera pendejada, ¡rrrggssshazz!, arrasa con todos ustedes. Tú vas a ser mis ojos, choli-to.

Wilson no se lo podía creer. El ministro le pal-

## FERNANDO IWASAKI



Fernando Iwasaki (Lima, 1961) es autor de una docena de títulos

### BIOGRAFÍA

El autor ha cultivado diversos géneros como la novela *Libro de mal amor* (2001), el ensayo literario *El Descubrimiento de España* (1996), las crónicas reunidas en *El sentimiento trágico de la Liga* (1995), la investigación histórica *Extremo Oriente y Perú en el siglo XVI* (1992) y los libros de relatos *Tres noches de corbata* (1987), *A Troya, Helena* (1993) e *Inquisiciones Peruanas* (1997), entre otros. Sus relatos figuran en numerosas antologías españolas e hispanoamericanas como *El cuento peruano*, *Dos veces cuento*, *Líneas Aéreas*, *Pequeñas Resistencias* y *Las fábulas mentirosas y el entendimiento*.

**Fernando Iwasaki** sido profesor de Historia en la Universidad Católica de Lima (1983-1989) y en la Universidad del Pacífico (1987-1989), así como colaborador de varios medios de prensa de España y América Latina. Desde 1989 reside en Sevilla, donde dirige la revista literaria *Renacimiento*.

meaba la espalda y los demás le daban la mano sonriendo temerosamente. Le pusieron oficina y una secretaria bien rica, carro con chofer y un equipo de asesores («No hagas ni mierda -le dijo el ministro-. Que trabajen los bomberos»). Cuando entraba al Ministerio se le cuadraban los policías y tenía unos cuadernos con su nombre que llenaba de bolitas y garabatos durante todas las semanas, todos los meses, todos los años.

A veces se acordaba de don Pascual y llamaba al secretario de la federación para que no se olvidara de mandar al personal al huarique de la rocola (regalo del Directorio), ahí donde la magia burocrática de la beatita seguía echando bendiciones sobre el jugo de papaya a la hora del desayuno.

### DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

**Bividí:** Camiseta sin mangas.

**Huarique:** Escondrijo.

**Saco:** Chaqueta, americana.

**Guachimán:** Persona que trabaja como guardián o vigilante.

**Chifa:** Restaurante especializado en comidas chinas.

**Boliche:** Establecimiento comercial de poca importancia, especialmente el que se dedica al despacho de bebidas y comestibles.

**Chucha:** Parte externa del aparato genital de la mujer.

**Chamba:** Situación o circunstancia favorable que ocurre por azar.

**Camote:** Devoción.

**Huayno:** Danza andina peruana.

**Pintón:** Dicho de un hombre: guapo, bien parecido.

**Chingana:** Taberna o bar en el que suele haber canto y baile.

**Rocola:** Gramola.

**Tranca:** Borrachera.

**Chela:** Cerveza.

**Conchatumadre:** Expresión malsonante que se emplea para insultar a alguien.

**Pinga:** Pene.

**Arrecha:** Persona que siente o tiene tendencia a sentir una gran excitación sexual.

**Enmicar:** Proteger un documento con una funda plástica o someterlo a un proceso de plastificado.

**Finta:** Ademán o amago que se hace con intención de engañar.

Campaña

# Lee en verano

Del 1 de julio al 31 de agosto

Lugares de lectura:

Piscinas Ciudad Deportiva Sur Piscinas del Casino abulense Jardín del Recreo Jardín de San Antonio  
Zona de Juegos de Avda. Juan Pablo II

Horarios: Piscinas de 12 a 14 h. y de 16 a 20 h. -excepto los lunes-

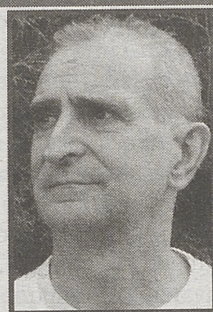
Jardines: lunes a sábados de 11,30 a 14 h. y de 17 a 21 h. De lunes a viernes



Ayuntamiento de Ávila  
Concejalía de Cultura

# CITAS ILUSTRES

## Ilustradas



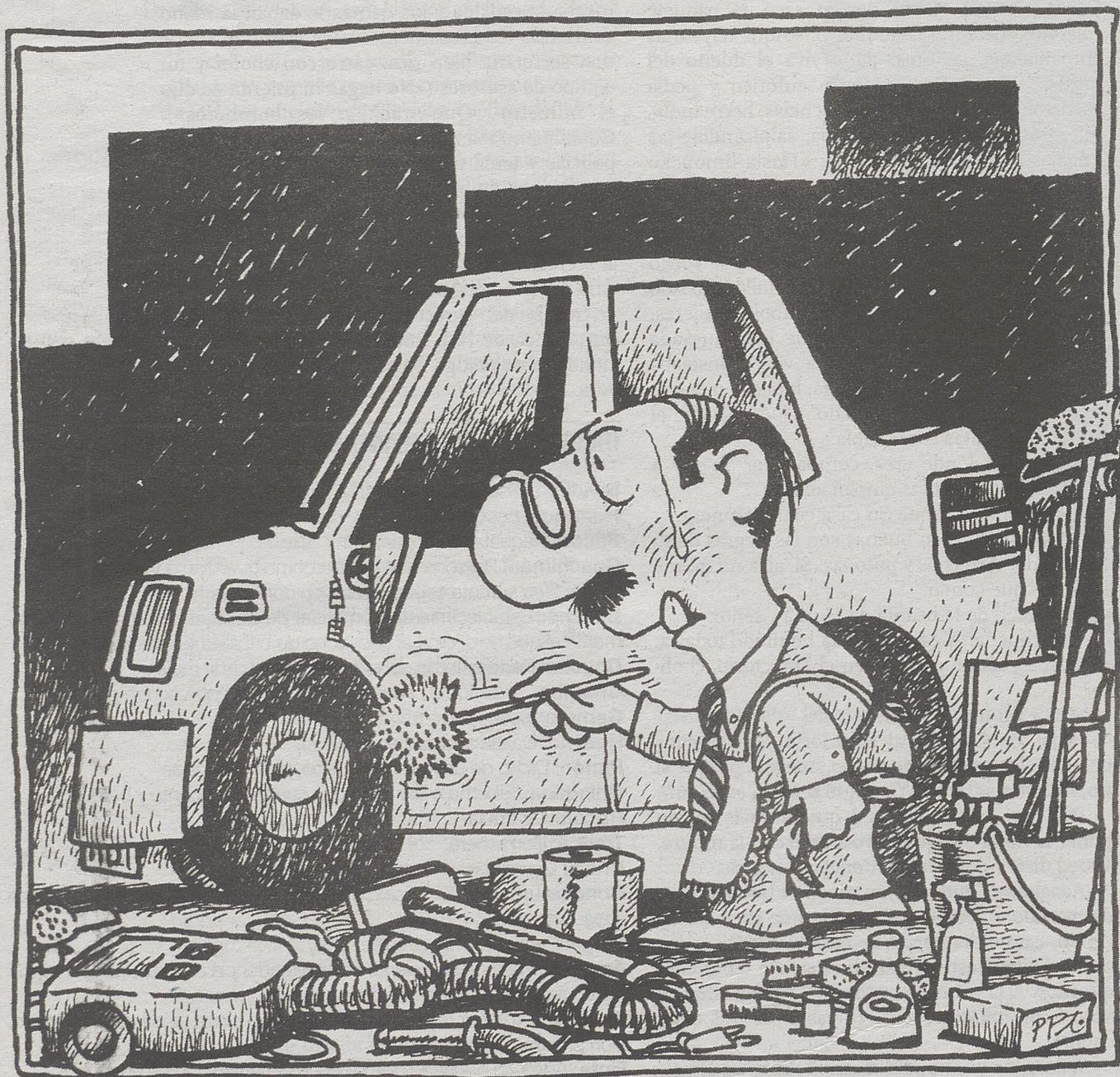
Por PPt.

La esclavitud me hace recordar a Kunta Kinte, me traslada a la guerra entre el norte y el sur de los Estados Unidos, me huele a abuso del poderoso hacia el débil, del rico hacia el pobre, me sabe a crueldad, incluso me duele. La esclavitud es una herramienta que poda las libertades por su raíz.

La libertad es un derecho que viene junto a nosotros cuando nacemos, después nadie nos la puede dar porque ya la tenemos tan solo nos la pueden quitar. En estos tiempos de maltratos caseros, de abusos inmisericordes, es frecuente oír al tirano, al intentar justificarse, decir que es un buen esposo ya que da la suficiente libertad a su pareja. La libertad no se puede dar, como ya he comentado solo se

puede quitar. Entre los ladrones de libertad, entre los motivos que nos impiden hacer lo que queremos, que nos reducen las posibilidades de actuación, están nuestras pertenencias, sí, esos objetos por lo que tanto luchamos, que la publicidad nos invita a comprar y que la sociedad de consumo nos pone delante de forma seductora, esos productos nos esclavizan, nos transforman de amos a esclavos. Unos simples tiestos, una posesión tan inocente como los geranios nos exige atención personal cada cierto tiempo e incluso en vacaciones, cuando tostamos nuestra piel ajenos a problemas de trabajo y alejados de casa mantenemos la preocupación sobre si la tierra de las macetas estará adecuadamente húmeda o

si la vecina se olvidó de nuestro encargo. Los tiestos nos esclavizan, y qué decir del coche que Manolo se compró con todo el capricho y los ahorros de varios años. Le tiene esclavizado, baja cada cuatro horas para ver si los gamberros se le han rayado, le quita el polvo, le traslada a la sombra si tiene calor, le frota la espalda con un nuevo producto extranjero, incluso los domingos le lleva a la clínica de autolavado o al río para someterle a una terapia de hidromasajes. Manolo ha pasado de dueño a servidor de su propio coche. Los vecinos del quinto (¿quién si no?) compraron una finquita con piscina a las afueras, su segunda residencia. Desde que la adquirieron, hace más de siete años, están desesperados. Nunca más volvieron a veranear en Estepona como hacían siempre, porque no iban a dejar la piscina sin limpiar, el césped sin regar o la casa sin habitar para que cualquiera lo notara y se la robara. Todo lo que ganan lo invierten en su posesión para impresionar a los invitados que no hacen otra cosa que ensuciarla. Sin ir más lejos hace unos días, lo saben de buena tinta, el hijo mayor de sus mejores amigos se hizo pis en la piscina. Desde que tienen la finquita no viven más que para sufrir. Nietzsche tiene razón, para dejar de ser libres no hay nada como tener cosas, las posesiones convierten al amo en esclavo. Y ahora les voy a dejar porque el puñetero de mi perro, al que adoro, me está exigiendo que le saque a pasear. Es el perro más bonito y bueno del mundo.



LA PROPIEDAD DE UN HOMBRE SE CONVIERTE EN SU AMO Y EL PROPIETARIO EN ESCLAVO. (NIETZSCHE)

### NIETZSCHE

Filósofo alemán (1844-1900). Exhibió una variedad de tendencias a lo largo de su producción intelectual, arruinada por la enfermedad mental en sus últimos años. Chocó con la sociedad de su tiempo por su carácter original y por su compromiso personal con una nueva política cultural. Ensalzó todo lo que la antigua moral cristiana y el espíritu demócrata-socialista tildaban como malo. Obras suyas son: *Humano, demasiado humano*; *Auroras*; *Más allá del bien y del mal*; *La genealogía del bien y del mal*; *Ecce Homo*, y su obra más característica, *Así habló Zarathustra*.